



**Dr. Pablo González Casanova**

---

Ricardo Pozas\*

---

*PABLO GONZALEZ CASANOVA*  
*1957-1965*

---

Maestro en Ciencias Históricas de la UNAM, El Colegio de México y la Escuela Nacional de Antropología, doctor de la Universidad de París con estudios especializados en Sociología, Pablo González Casanova es el único director que estuvo al frente de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales por dos periodos completos consecutivos. En su proyecto destacó el propósito de dejar a un lado la cultura puramente libresca para aplicar el conocimiento a la solución de problemas nacionales, esto es: hacer sociología práctica y política práctica.

Por ello, durante su administración, de 1957 a 1965, la Escuela se convirtió en un centro de reflexión sobre las cuestiones de investigación y análisis que afectaban la vida del país.

Con más de una docena de libros editados, además de los ensayos y artículos reproducidos en publicaciones académicas, Pablo González Casanova, quien fuera rector de la UNAM de 1970 a 1972, es uno de los intelectuales mexicanos de más amplio prestigio y trayectoria, así como uno de los más diligentes y lúcidos investigadores universitarios.

**R. P. Cuéntanos algo de tu vida intelectual como estudiante y profesor.**  
P. G. C. Antes de llegar a la Dirección de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales había cursado estudios de posgrado en Francia, los que realicé tras concluir una maestría en Ciencias Históricas. Esta

\*Profesor de tiempo completo de la FCPyS. Coordinador del Centro de Estudios del Desarrollo entre 1964-1983, el maestro Pozas Arciniega es autor, entre otros libros de: *Juan Pérez Jolote, Chamula, un pueblo indio de los Altos de Chiapas y Los indios en las clases sociales de México.*

última, dentro de un proyecto de cooperación acordado entre la Escuela Nacional de Antropología, la UNAM y el Colegio de México.

Dentro de este programa, el Colegio de México seleccionaba a los becarios, orientaba su trabajo, asesoraba sus tesis, en estrecha vinculación con la Escuela Nacional de Antropología. A la UNAM correspondía, por su parte, otorgar los grados a los estudiantes que cumplieran con todos los requisitos académicos.

El proyecto, concebido de manera interdisciplinaria, y al que concurrieron filósofos, historiadores, sociólogos, politólogos, influyó definitivamente en mi carrera docente y de investigador.

Elaborado por José Gaos, José Medina Echavarría, Manuel Pedrozo, Silvio Zavala, entre otros, el proyecto tenía como propósito estudiar ciencias históricas. En esa época, la corriente que dominaba la historiografía era la asumida por maestros españoles —republicanos— exiliados en México, quienes mucho se preocupaban por el análisis de las instituciones sociales y políticas, así como por estudiar la historia de las ideas.

Antes que la historia de hechos pretéritos, a mí me interesaba la historia contemporánea, aunque los problemas de Ciencia Política y Sociología atrajeron cada vez más mi atención. Mi interés por la sociología se acentuó cuando Lucio Mendieta y Núñez, que había sido muy amigo de mi padre, me propuso trabajar en el Instituto de Investigaciones Sociales.

Al finalizar la maestría en Ciencias Históricas me fui a Francia con la intención de dedicarle la mayor parte de mi tiempo a vincular la historia de las ideas con la sociología del conocimiento. El enlace entre ambas disciplinas lo establecí en el orden de lo ideológico.

A pesar de que mis trabajos estaban todavía relacionados con estudios anteriores de tipo histórico, se iban manifestando ya las perspectivas analíticas de lo actual y lo social. Todos los cursos a los que asistí por aquel entonces, estaban ligados ya a la sociología; en París seguí cursos durante dos años con Gurvitch, sobre sociología general; con Friedman sobre la sociedad industrial; con Le Bras sobre sociología de la religión. De aquella temporada recuerdo también el curso de Hippolite sobre la *Fenomenología del Espíritu*. Nos pasábamos un mes leyendo dos páginas de Hegel. Recuerdo otro, de introducción al existencialismo, filosofía entonces de moda. Paralelo a esto, empecé a trabajar sistemáticamente en la lectura, sobre todo, de los sociólogos franceses y de algunos politólogos como Raymond Aron.

## La investigación, una idea obsesiva

Al regresar a México, en 1950, decidí dedicarme totalmente a la investigación. Trabajaba entonces para el Colegio de México y para el Instituto de Investigaciones Sociales. Ya desde entonces —tal vez como herencia de mi padre, quien siempre quiso ser investigador de tiempo completo—, sentía yo una gran vocación por este quehacer.

Ser investigador se convirtió para mí en una idea obsesiva, en una especie de fijación que, incluso, llega hasta hoy, a mis 62 años.

Durante mi estancia en el Colegio de México, publiqué algunos trabajos de transición hacia la sociología, pero aún de tipo esencialmente histórico. Además dos libros: uno sobre *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia* y otro en torno a una utopía del mexicano: J. N. Adorno. Ambos textos me divertieron muchísimo.

Posteriormente, el Colegio de México editó mi tesis: *El misoneísmo y la modernidad cristiana*, título espantoso que me ha valido las eternas críticas de Fernando Benítez. “Misoneísmo” es el odio a lo nuevo, lo que padece ahora el señor Reagan.

Más tarde, Daniel Cosío Villegas me invitó a trabajar en su *Historia de México*. Quería que hiciese la parte correspondiente a la Revolución Mexicana. Quizá en esa época era yo un tanto pedante y algún día traté de demostrarle a don Daniel que él no sabía lo que eran las clases sociales. No sabía. Pero la situación se hizo difícil y fue imposible continuar nuestra labor conjunta, lo que me llevó a incorporarme a la Escuela de Economía de la UNAM.

Fue ahí donde publiqué mi primer libro de sociología del conocimiento: *Ideología norteamericana sobre inversiones extranjeras*, texto de una exactitud científica verdaderamente notable y, a la vez, deplorable, dado que en él, anuncié lo que pasaría con las inversiones foráneas que en ese momento, estaban siendo presentadas como la maravilla y solución para los países no industrializados. Pero lo hice de una manera muy oscura, demasiado abstrusa.

En 1954, era yo el primer investigador de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Económicas, a pesar de no ser economista. En esa institución me recibieron muy bien. Trabé entonces amistad con aquellos que después serían dirigentes de la política económica de este país, o críticos distinguidos de la misma.

## Designación como Director de la ENCPyS

Un día, mi hermano Henrique y Horacio Labastida me hablaron de

las posibilidades de dirigir la entonces Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. A mí tal noticia me sorprendió bastante, e incluso hice algunas bromas al respecto. “El asunto es en serio, tienes muchas probabilidades”, replicaron ellos.

En ese tiempo, realizaba yo un estudio sobre la sociología del ciclo económico, mismo que suspendí para hacerme cargo de la administración de la Escuela. Por ahí se quedaron 250 cuartillas incompletas de un estudio que, ahora, con la crisis, me dan ganas de retomar.

Parece que las pugnas entre quienes aspiraban a ser directores fueron muy violentas; unos y otros acabaron en el desgaste. De pronto, alrededor de los 35 años, y realmente sin esperarlo, era yo el Director de la ENCPyS.

Cuando llegué a la Escuela —ubicada entonces en San Cosme— había un clima muy agradable hacia mí, en el que coincidían simpatía y expectación. El no haber participado en la lucha por la sucesión esquivaba algunos problemas y, en cambio, propició la colaboración de profesores y estudiantes. Entre estos últimos recuerdo particularmente a Eduardo Guerrero del Castillo, a Alejandro Peraza, a Hugo Castro.

El primer punto abordado durante mi gestión fue sentar las reglas que debía seguir la política estudiantil. Al tiempo, era necesario consignar también las normas referentes a la designación de profesores.

**R.P. ¿Quiénes eran entonces los profesores de la Facultad?**

**P.G.C.** Predominaban los catedráticos procedentes de la Facultad de Derecho. Yo sentí que resultaba urgente cambiar este acercamiento jurídico y formal prevaleciente en el plantel, a fin de aproximarnos a los planteamientos de tipo sociológico.

Pero en la institución no había sociólogos: ni mexicanos, ni sudamericanos; entonces creí que lo más allegado a mi proyecto era el antropólogo. Fue cuando invité a estos especialistas —tú entre ellos— y a los historiadores que venían de esa escuela —muy ligada a la historia social— a incorporarse a la nuestra. Con un pequeño grupo, al que se unieron algunos especialistas en estadística, entre ellos Felipe Montemayor, comenzamos a proponer una serie de proyectos, de cambios, sobre todo en cuanto al plan de estudios, que es el punto de partida cuando se piensa en reformar una escuela.

**R.P. ¿Estas modificaciones se realizaron también en la práctica, o sólo en el plan de estudios?**

**P.G.C.** La primera rectificación fue en la planta docente: en cuanto había plazas vacantes, en lugar de otorgarlas a abogados, se le daba preferencia a los historiadores, a los antropólogos con vocación por la sociología y la politología. En búsqueda de enfoques que estuvieran

más acordes con lo que son las ciencias políticas, se hizo un llamado a gente nueva... buscábamos profesores con una óptica distinta a la del jurista, una perspectiva que diera cuerpo a una Escuela de Ciencias Políticas y Sociales distinta de la Facultad de Derecho.

**R.P. ¿Cuáles fueron los problemas más serios observados durante tu gestión?**

**P.G.C.** Creo que el fundamental fue el de los catedráticos. Al lado de lo que mencioné antes, había que sentar las bases para una selección de profesores de alto nivel, con un pluralismo ideológico muy amplio y con vocación por el estudio de las estructuras reales del poder, de la cultura, de la sociedad contemporánea.

En segundo lugar estaría el problema de los estudiantes. Entre éstos, la manera de hacer política era realmente lamentable: pequeños grupos se apoderaban de las sociedades de alumnos de una forma en absoluto antidemocrática.

Sentar las bases democráticas en la Escuela fue una más de mis obsesiones, la que en muy alto nivel devino realidad cuando de la Universidad, la nuestra llegó a ser una de las escasas escuelas con partidos estudiantiles y programas en que el poder era ganado incluso por la oposición. Recuerdo que cierta vez el triunfo fue obtenido por la oposición. Los muchachos de derecha lo habían logrado. Y su éxito fue reconocido. Algunos de ellos hasta dejaron de ser de derecha.

Además de estas dos cuestiones, estaba la definición misma de los objetivos de la Escuela, tanto para el cuerpo directivo, como para maestros y estudiantes. Estos estaban particularmente preocupados al no saber hasta qué punto las nuevas carreras les asegurarían su futuro.

**R.P. ¿Cómo incidió la Escuela en las ciencias sociales en general? ¿Qué trascendencia, qué influencia tuvo?**

**P.G.C.** Antes de eso quisiera hablar de cómo cambiamos la Escuela desde el punto de vista académico.

No sólo debía asignársele su lugar al formalismo jurídico en el análisis de la sociedad —al lado de otro tipo de investigaciones—, sino que era importante abandonar la cultura puramente libresca e ir al campo, a las fábricas, a las zonas marginales, a las comunidades indígenas para aplicar el conocimiento en la comprensión de problemas concretos y cotidianos. Tú mismo cumpliste una función muy importante al organizar grupos de estudiantes que recorrieron la República, con este afán.

Otra transformación básica fue la de considerar que el conocimiento de la estadística era importante, desde cualquier punto de vista y principalmente de los estudios de sociología aplicada a la solución de problemas específicos. Así que empezamos a luchar porque se cono-

ciera este tipo de técnicas. Otra aportación significativa fueron los Cursos de Invierno que año con año constituyeron una forma de analizar la situación del mundo actual: qué estaba pasando internacionalmente y qué estaba pasando en el país; cuáles eran las alternativas a estos problemas. Eran realmente cursos en donde los profesores trabajaban los temas muy a fondo; se les invitaba con mucha anticipación y los estudiantes actualizaban sus conocimientos a nivel macro-económico, macro-político. Estos fueron los primeros cambios, y a ellos correspondió una reforma al plan de estudios, en que, como tú recuerdas, pensamos que era necesario tener un tronco común. Todos los especialistas en ciencias sociales deben saber ciertas cosas, independientemente de la especialidad que se tenga dentro de las ciencias sociales: como la estadística, la historia, la sociología, la ciencia política. Después ya cada quien se irá especializando no sólo en ramas de las ciencias sociales, sino en problemas concretos.

Dentro de los cambios introducidos en el plan de estudios, también se dio mucha importancia al enlace entre cursos de tipo general —de introducción— y cursos de tipo monográfico, y a las distintas categorías de seminarios. En este proceso, creo que se formó un nuevo tipo de especialistas y, el proyecto adquirió su máxima densidad con el establecimiento de “grupos piloto”, ¿te acuerdas?

Trabajábamos durísimo, pero logramos formar varias generaciones de profesionistas que, andando el tiempo, han tenido una enorme influencia en la educación y en las actividades socio-políticas del país.

**R.P. ¿Cuál era la orientación teórica de la FCPyS?**

**P.G.C.** Creo que en todos los planteamientos hechos entre 1957 y 1965 estuvo presente la lucha ideológica. Era una de las características de ese periodo en que grandes movimientos de liberación nacional se gestaban en Africa, en Asia.

En América Latina ocurrían también fenómenos trascendentes, sobre todo a raíz de la Revolución Cubana y todas esas situaciones nos planteaban el nacional como uno de los problemas prioritarios. Además, estaba nuestra propia tradición de vincular las ciencias sociales al estudio de los conflictos nacionales y a la propuesta de alternativas.

Una de las peculiaridades de los científicos sociales mexicanos es que estudian, a la par, los problemas y las alternativas; los grandes siempre se han planteado los dos objetivos.

Es así como a nuestro contexto natural, al país contemplado como riquísima unidad política, se añade el panorama latinoamericano, importantísimo para nosotros en materia de investigación, de docencia, de política.

A raíz de la Revolución Cubana, un nuevo fervor recorrió las univer-

sidades latinoamericanas. La contrarrevolución que se inició en los años sesenta también afectaría profundamente a los centros de estudios de enseñanza superior localizados en esta región.

Los universitarios mexicanos vivimos tal fenómeno en el contexto de un país en el que era posible la lucha ideológica y participamos en ella activamente. Creo que a esta actitud se vino a añadir, después, la asumida frente al movimiento de 1968, que fue el otro momento crucial en la historia ideológica del país y de la Facultad.

Si 1959 marcó una nueva etapa en la historia de las revoluciones latinoamericanas, 1968 significó el parteaguas en el análisis del Estado y la sociedad; sobrevino una ruptura en la idea de la táctica, de la estrategia, de las alianzas en América Latina. Esta crisis conceptual afectó profundamente a la comunidad universitaria.

A los profesores esa fractura nos llamó mucho la atención. Un año antes, yo acababa de publicar la *Sociología de la explotación* y, al lado de otros compañeros, había estado dando una lucha contra el estructural-funcionalismo prevaleciente entonces en la sociología escolar estadounidense y latinoamericana.

Nuestra lucha contra el estructural-funcionalismo reconocía, sin embargo, algunas técnicas útiles en la resolución de cierto tipo de problemas académicos, o de microsociología. El ataque más fuerte contra tal corriente criticaba el privilegio dado al estudio matemático-estadístico, en detrimento del estudio histórico. La ignorancia en que dejaba los problemas de explotación, del imperialismo, de las luchas de clases y de razas, era otra de las cuestiones impugnadas al estructural-funcionalismo.

La riqueza de la polémica tuvo un foro maravilloso en la ENCPyS, que se erigió en centro de reflexión en torno a estos problemas de investigación, de estudio, de análisis y dirección a nivel nacional. Pienso que de la Escuela y sus profesores salieron muchas de las consideraciones, muchos de los análisis de lo que en ese tiempo ocurría. También, se sustentó un sinnúmero de alternativas viables para las fuerzas populares y democráticas de este país.

**R.P.** Estoy de acuerdo contigo en que a raíz de 1968 la estadística pierde influencia en los centros de estudio para dar paso a la teoría y a las ideologías avanzadas que guiarían las investigaciones sociales. ¿Qué aportación piensas que ha dado la Escuela en el campo de las ciencias sociales?

**P.G.C.** Es difícil contestar esta pregunta. Sin embargo, creo que la sociología latinoamericana es una de las más influyentes en el conocimiento e interpretación del "Tercer Mundo". De eso no tengo la menor duda. Incluso, hace poco me contaban que sociólogos europeos invitan a colegas latinoamericanos para oír lo que éstos proponen y



después ponerse a escribir libros con sus ideas...

La verdad es que la sociología latinoamericana tiene actualmente un nivel muy alto en el mundo académico y es determinante en el enfoque que se da a estudios realizados en Africa y Asia. Corresponde a uno de los pensamientos más originales de nuestro tiempo, no sólo en el terreno académico, sino en el de tipo político y revolucionario.

Considero que uno de los pensamientos más *sui generis* del siglo XX es, primero, el surgido de la Revolución Cubana y, después, el de la Revolución Centroamericana. En el desarrollo de las luchas libertarias que se llevan a cabo en Nicaragua, en El Salvador, por ejemplo, ha sido notoria la presencia de los sociólogos. No es gratuito, pues, que los dictadores y déspotas de la región hayan cerrado, en las universidades, los departamentos de la especialidad; no en balde el pensamiento conservador le niega recursos a las escuelas y a los institutos de ciencias sociales. En cuanto el poder es detentado por dictaduras o regímenes de derecha, es común observar la disminución en el número de becas, subsidios, etcétera, para las ciencias sociales.

En México, en otro contexto, se suscitan fenómenos de una gran originalidad. Ahora, la enorme cantidad de egresados de las escuelas de ciencias sociales faculta abordar los problemas del país desde la perspectiva del intelectual orgánico, aunada ésta a la experiencia vivida dentro de movimientos sociales y populares que permiten ya una alta calidad en la reflexión académica, cosa que no sucedía hace 30, 20 o diez años.

Quienes en este ámbito trabajan son especialistas que saben manejar el lenguaje de investigación científica, el quehacer académico. Entonces, se presentan análisis verdaderamente increíbles, análisis que se concretan tomando en cuenta la experiencia práctica y la cultura científica de alto nivel.

### **La mentira, forma profunda de mistificación**

Cuando se afirma que la Universidad de antes era mejor que la actual, se nos está diciendo una mentira. El argumento se refuta cuando uno compara cifras. En relación con la gente que hace dos o tres décadas sabía ciencias sociales, el aumento ha sido extraordinario.

Ahora encontramos una gran cantidad de jóvenes muy bien preparados, muchos de ellos con posgrado en Europa, en Estados Unidos, en los países socialistas, quienes, además, vinculan todos los conceptos obtenidos allá y aquí. Esto proporciona a las ciencias sociales una riqueza y un incentivo muy grandes.

En torno a este asunto valdría la pena hacer énfasis en un problema

muy serio en este momento:

Dentro de la crisis por la que actualmente atraviesa el mundo, uno de los fenómenos más graves que estamos presenciando es el uso de la mentira en las ciencias sociales como una forma profunda de mistificación, de retórica.

Realmente la densidad que alcanza en este momento la mentira —estoy hablando en términos científicos, no morales— es inmensa, particularmente en el monetarismo, esa corriente ideológica en que se sostienen las proposiciones más infundadas con una gran pedantería y con un aparato cuantitativo, dizque científico, muy considerable.

Contra este tipo de actitudes, hay gente que libra ahora una lucha ideológica a fin de rescatar, para las ciencias sociales, el sentido del rigor, de la exactitud y la claridad en la interpretación y la posible transformación del mundo en que vivimos. Este, también, es resultado del esfuerzo hecho durante años por muchos profesores de la Escuela.

### **Como Rector, el estudiante más aprovechado de la UNAM**

**R.P. ¿Hubo conflictos estudiantiles importantes durante tu gestión?**

**P.G.C.** La Escuela era una caja de resonancia de los problemas nacionales e internacionales. Todos los fenómenos ocurridos en estos años, particularmente los relacionados con los obreros y los sectores estudiantiles tuvieron gran repercusión en el plantel. Asimismo, la singular tradición latinoamericana de solidaridad con los pueblos que son objeto de la agresión imperialista removía a la Escuela, que se unía y organizaba en movimientos para patentizar su adhesión a la lucha libertaria de las naciones.

**R.P. ¿Te ha sido difícil conciliar tu vocación académica con los puestos de dirección que has ocupado en la Universidad?**

**P.G.C.** A mí me han divertido bastante los puestos en los que he estado. Los mismos, me sirvieron mucho para estudiar e investigar. Así, como rector, fui el estudiante más aprovechado de la Universidad: aprendí enormidades en relación con el poder, el Estado en México y la política.

Igual sucedió cuando estuve en el Instituto de Investigaciones Sociales, temporada en que fue factible vincular mi conocimiento de la política universitaria —que es la que más manejo— con la política nacional, no sólo desde el punto de vista teórico-histórico, sino práctico.

Para mí, como estudioso de los problemas políticos nacionales, fue un verdadero privilegio el acceder a esos puestos que lo relacionan a uno con todas las fuerzas del gobierno y de la oposición, y que le permiten conocer realmente las corrientes del pensamiento y las fuerzas actuantes de un país...